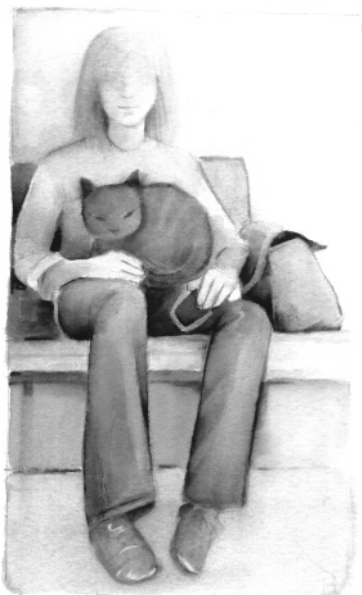


Bajo el cerezo

Francisco Montaña

Ilustraciones de Patricia Acosta



loqueleg

Sin salida

Cristina dejó la huella de su aliento sobre las frías baldosas del corredor que conducía a la salida del edificio. Intentó mirar a través de los vidrios de la puerta, pero el labrado apenas dejaba ver que afuera, en la calle, todavía y por mucho tiempo más seguiría siendo de día. Volvió procurando no pisar ninguna de las rayas que dejaban en la superficie las uniones de las baldosas y se detuvo nuevamente, como lo había hecho durante toda la tarde, frente a las escaleras. Miró hacia arriba, pudo oír voces que se desprendían de una de las ventanas de los apartamentos, pero no alcanzó a entender lo que decían. Escasamente reconoció la voz de un niño. Hubiera querido subir corriendo y descubrir la puerta tras la cual vivía el que podría ser su amigo durante esas vacaciones, pero algo la hizo detenerse.

Cristina no entendía por qué en los últimos días siempre se detenía antes de hacer las cosas. Primero pensó que la causa de su extraño comportamiento podía ser

la ciudad. Realmente siempre había vivido en ciudades diferentes, unas más grandes que otras, pero no se imaginó que ésta, donde no se podía salir a la calle y era necesario esperar a la tía hasta las seis y media de la tarde para asomar las narices a un centro comercial, fuera así. Y si las cosas seguían como iban, lo más seguro es que al terminar sus vacaciones se marcharía sin haberla conocido. Pero muy pronto también pensó que una ciudad a cuyas calles no había salido no podía, de ninguna manera, influir en ella. Tal vez el edificio o el cuarto donde estaba durmiendo, las costumbres alimenticias de su tía o el silencio que se alargaba eterno cuando sentía que sus huesos abandonaban su cuerpo a causa de la inactividad, podían hacer que el carácter arriesgado, que entendían en ella quienes la conocían, se hubiera mudado a esta extraña tibieza lenta y suave.

Se dejó arrullar por la sensación y volvió al apartamento. Todo estaba tal como lo había dejado un par de horas antes. Se asomó a la ventana, y el jardín que su tía consideraba un privilegio sólo ofrecía a una mujer vestida de blanco que iba y venía empujando un coche por el caminito adoquinado. Si por lo menos el resto de niños que vivían en el edificio estuvieran como ella en vacaciones, seguramente estaría en el jardín jugando y allí no la detendrían la prohibición de su tía ni el frío. Levantó su mirada y vio las formas de las nubes; su reflejo estaba en la ventana. La tía tenía razón. Estaba cambiando,



había crecido, el pelo le caía lacio sobre los hombros, casi todas las faldas le quedaban chiquitas y apretadas, las camisetitas también. Afortunadamente la tía tenía tendencias compulsivas, y como no sabía muy bien qué hacer con su sobrina, se tranquilizaba gastando dinero, de manera que Cristina tenía ya tres mudas completas que se acomodaban a su nueva fisonomía y al clima de la ciudad.

Tal vez eso era lo que la había vuelto prudente: crecer.

El frío no le gustaba. La mayor parte del tiempo había vivido en ciudades de clima medio o con estaciones, pero una que otra vez había pasado temporadas con su tía en la fría ciudad, y cuando las recordaba incluso pensaba que había pasado unas vacaciones maravillosas. Pero la última vez que eso ocurrió tenía cuatro años menos y su tía vivía en una casa en las afueras de la ciudad, donde crecían niños silvestres por todos lados. Aquella vez todo había sido gritos, carreras, juegos, y ahora, cuando sus padres le propusieron pasar dos meses con su tía, pensó que las cosas iban a ser como entonces. Se llevaba bien con ella y de todas maneras había entendido que la propuesta no le dejaba ninguna alternativa. Debía pasar vacaciones con la tía y pensó que serían lo mejor posibles. Pero las cosas no funcionaban. En otra época, hace no tanto tiempo, al cabo de unos días ya habría tenido por lo menos un amigo, habría conocido varias casas, haría planes por la mañana. Pero ahora, lo único que había conseguido era conversar con los porteros del edificio encar-

gados por la tía de evitar que saliera a la calle. Estaba encerrada. Ésa era la verdad. Y una niña encerrada, aunque la tía se empeñaba en creer que Cristina ya no era una niña, se aburría, y mucho.

Abrió la ventana y sintió sobre la cara el viento frío que bajaba de las montañas, se quedó un momento y la cerró cuando sintió que sus mejillas ardían de frío. Se miró al espejo: estaban rojas.

Al otro lado de la puerta

—Julieta, que por favor pase por la oficina de Eduardo —le susurró al oído con una sonrisa burlona su amiga, la gorda Sofía, que se alejó contoneando las caderas en un ridículo gesto que Julieta no entendió.

Se acercó despacio a la oficina. Se detuvo frente a la puerta, tomó aire y antes de que se decidiera a entrar, ésta se abrió y se encontró de frente, muy de cerca, con Eduardo.

“Huele mal”, pensó Julieta, y como suponía lo que iba a ocurrir estuvo a punto de decir algo que lo anticipara.

—La estoy esperando hace más o menos dos horas. ¿Dónde se había metido... si me es permitido saberlo...? —bufó Eduardo haciéndola entrar.

Julieta se acercó al escritorio y esperó a que su dueño se apoltronara en la enorme silla. Pero eso no ocurrió.

—Casi es hora del almuerzo —dijo el hombre y Julieta no supo si se trataba de nuevo de un reproche.

—Ya sé. Qué pena. Pero de todas formas anoche estuve aquí hasta casi pasada la medianoche.

—Doce y quince, para ser exactos —sonrió Eduardo.

—¿Está vigilando mis horarios? —gruñó Julieta dispuesta a no claudicar en algo que era un privilegio, pero que ella había impuesto como condición al entrar en la empresa.

—No, para nada. Es sólo que me cerró la puerta del ascensor en la nariz, pero no importa. No la estoy esperando para hacerle reproches. Nadie tiene nada que objetar sobre su trabajo, y mucho menos yo. —Eduardo hizo una pausa, caminó dos pasos hacia el escritorio, pero se arrepintió y volvió hacia la salita—. Pero venga, siéntese. Le hablaba de la hora del almuerzo porque yo también me guardo mis privilegios —le guiñó el ojo—: tengo unas ganas horribles de tomarme una ginebra y la estaba esperando para invitarla.

Julieta se había sentado en una punta del sofá y no sabía qué hacer.

—Gracias, pero realmente es temprano para mí —contestó sin destrenzar las manos que sostenía firmemente amarradas sobre su regazo.

—Bueno, tendré que tomármela solo —dijo terminando de servir un vaso con *gin and tonic*—. Realmente —continuó haciendo sonar los hielos en el vaso—, no la estaba esperando sólo para pedirle que me acompañara en este pequeño placer de la mañana. También tengo que hacerle una propuesta. Casi pedirle un favor...

Levantó la bolsa de su escritorio y salió sin despedirse de nadie. Necesitaba pensar, se sentía nerviosa y sabía que en ese estado no podía hacerlo con claridad, de manera que necesitaba calmarse. Por lo pronto, encontrar que en el sótano el carro nuevo, gris metálico, la estaba esperando, la hizo suspirar con relativo alivio. Si antes de oír lo que acababa de oír hubiera tenido que evaluar su vida, habría dicho que las cosas no estaban mal. En cuatro años se había hecho propietaria de un carro tal como lo había soñado y vivía en el apartamento más hermoso que encontró.